

## LOS ORIGENES DE LA NOVELA INGLESA THOMAS DELONEY Y SU OBRA

**E**NTRE la pléyade de escritores franceses que han dedicado su actividad al estudio de la literatura inglesa, desde el gran Hipólito Taine, cuya *Historia de la literatura inglesa* es una obra maestra sobre la materia, hasta Valery Larbaud que descubrió al autor de *Erewhon*, Samuel Butler, el digno émulo de Swift, y Andrés Maurois, el exquisito biógrafo de Byron y de Shelley, merece figurar en lugar prominente Abel Chevalley, autor de una obra sobre la *Novela Inglesa contemporánea*, y principalmente, por ser como Valery Larbaud quien ha exhumado la memoria de uno de los escritores ingleses más interesantes de la época Shakespereana: *Thomas Deloney*.

Abel Chevalley no se ha contentado con seguir las huellas de nuestro autor en una pacientísima peregrinación a través de manuscritos y archivos, sino que también ha vertido a su lengua las tres novelas que se han conservado de Deloney, el primer autor inglés que merece la denominación de novelista.

Poco, muy poco, se sabía en Francia de este autor hasta hace algunos años. En efecto, ni Taine, en su *Literatura Inglesa*, ni Jusserand en su *Historia de la Novela Inglesa* lo mencionan.

El siglo XVI en Inglaterra está lleno con un solo nombre: Shakespeare, y su obra ensombrece a la de todos sus contemporáneos. Se había estimado hasta aquí por los eruditos que en esta época la novela no había florecido, ya que no se puede dar este nombre a obras como la *Arcadia* de Sidney ni al *Eupheus* de John Lily que son las que más podrán acercarse a este género. Además era universalmente admitido atribuir la paternidad de la novela inglesa a la trilogía formada por Defoe, Richardson y Fielding.

Sólo en 1903 se publican en Alemania—a cuyos críticos debe también la literatura inglesa estudios de primer orden—dos de las novelas de Deloney, y en 1905 la *Literatura Inglesa* de Cambridge reconoce a este escritor un lugar predominante como «precursor» de la novela inglesa. En 1912 la Universidad de Oxford publica las obras completas de Deloney, y su editor, Mr. F. O. Mann, estima que en este autor encontramos «la más alta expresión de la novela en tiempos de Shakespeare». Después de la guerra, M. E. Baker, profesor de la Universidad de Londres, ve en Deloney «el escritor que en tiempos de Shakespeare ha producido lo que más se acerca a la novela moderna».

En Francia sólo la más reciente de las historias de la literatura inglesa, la de Legouis y Cazamian, publicada en 1924, dedica a Deloney un artículo de dos páginas.

El desconocimiento casi absoluto de la vida y obra de Deloney en Francia y—por ende—en los demás países latinos, indujo a Chevalley a escribir su notable estudio sobre la novela de los oficios o artesanías en tiempos de Shakespeare y a traducir, como decimos más arriba, las tres novelas principales de este autor.

### EL HOMBRE

¿Quién era Deloney? Muy poco sabemos acerca de su vida. Las pacientes búsquedas de los investigadores alemanes e ingleses, a las que deben agregarse las no menos minuciosas de Chevalley, sólo nos ponen de manifiesto su origen y su oficio. Tejedor de sedas, lo encontramos en Norfolk, centro principal de las industrias textiles. Estas industrias, como es sabido, han ejercido una influencia decisiva en la evolución social y económica de Inglaterra. Desde el siglo XIII los condados del Este, principalmente Kent, figuran como los ejes de las industrias textiles. La inmigración flamenca del siglo XV, aumentada con la de procedencia franco-hugonota del siglo siguiente, significaron un aporte de consideración para la industria debido a la habilidad y maestría de los flamencos en este oficio, que se impusieron y aún desalojaron a los propios obreros ingleses a pesar de la resistencia de éstos.

Entre estos inmigrantes figuró, con toda probabilidad, Deloney, como lo prueba, por una parte, el origen de su apellido, y por otra, el lugar principal que ocupan en sus obras los inmigrantes, y entre estos, los franceses, que, además, siempre desempeñan papeles simpáticos, actitud que no se explicaría de parte de un obrero inglés dada la tirantez de las relaciones entre unos y otros. Una fe de bautismo de uno de sus hijos, que reza así: «Ricardo, hijo de Thomas Deloney, tejedor», datada en 1586 en la Parroquia de Saint Giles, Crpplegate, nos muestra que en ese año Deloney residía en Londres. La parroquia de Saint Giles daba trabajo a los indigentes, en su gran mayoría mujeres y niños, en la industria de tejidos de seda.

Tan grande era la miseria que reinaba en este lugar que la obra de Deloney dedicada a los tejedores de seda fué considerada subversiva, la edición recogida y su autor debió huir para escapar de la acción de la justicia; esta novela, desgraciadamente, ha desaparecido.

La labor literaria de nuestro autor se inicia mucho antes de que lo encontremos instalado en Saint Giles y ya padre de familia. Su traducción de la *Declaración del Arzobispo de Colonia sobre el hecho de su matrimonio*, inscrita en 1583 y dedicada al Arzobispo de Londres, descubre en él a un hugonote militante. La aventura de Gebbart, Arzobispo de Colonia, Elector del Imperio, apasionaba entonces a la Europa entera. Su *Declaración* era una defensa de su matrimonio con su ex-amante y en ella renegaba de la autoridad papal. Excomulgado, fué en vano sostenido por Isabel de Inglaterra. La traducción de Deloney nos muestra que ya, seguramente, gozaba de cierta notoriedad como escritor, y, además, que sabía latín, lo cual no significa que fuera un letrado, pues en aquel tiempo las escuelas de gramática mantenidas por las Corporaciones enseñaban las lenguas clásicas a los hijos de los obreros sin que por ello pensarán éstos en dejar el oficio de sus padres. Así, por ejemplo, Ben Jonson, el célebre escritor inglés, autor de *Volpone*, comedia recientemente exhumada con gran éxito, después de terminar sus estudios fué conductor de obras y albañil hasta los 25 años en que se reveló como actor y autor dramático.

El tejedor de Norwich era además autor de numerosas baladas. ¿Qué es la balada en tiempos de Shakespeare? Si quisiéramos darnos cuenta exacta de este curioso género literario tendríamos que juntar lo que son hoy día la novela, el diario y la canción. Hechos diversos, crímenes, leyendas, fenómenos, milagros, narrados en forma rimada. Quizá sea una reminiscencia de la balada el cancionero popular de nuestro bajo pueblo.

Algunos títulos de sus baladas son la mejor explicación acerca de su contenido: *La aventura de un comerciante inglés que había asesinado a un alemán y que fué salvado de la horca por unas niñas de Emden*; *Historias siniestras tomadas de las crónicas recientemente publicadas*; *La huída y las calamidades de la Duquesa de Suffolk*; *La cautividad de Eleonora, mujer de Enrique II*, etc., etc.

El oficio de Deloney lo exponía a frecuentes períodos de «chômage» y es entonces cuando, en alegre caravana, emprendía sus peregrinaciones a través de la Inglaterra industrial, recogiendo impresiones, componiendo nuevas baladas y cantando o recitando sus versos. La impresión que causaban estos recitales ante las muchedumbres que escuchaban atónitas ha sido brillantemente descrita por Shakespeare en su *Winter's Tale*. En efecto, en el acto IV, escena 3, Antolycus, cantor de baladas, transportaba de entusiasmo a los campesinos:

Las orejas de los hombres se alargaban para escuchar mejor... dijo uno

de los rústicos. «Canta más ligero que lo que uno se demora en contar su dinero», agregó otro. «Parece que hubiera comido baladas... Hay canciones para todos los gustos y nadie queda descontento...

La balada de Deloney, sin embargo, no sólo explota los temas que hoy llamaríamos de la crónica roja, sino que también todos los acontecimientos notables. Citaremos entre otras su balada sobre la destrucción de la Armada Invencible, llena de celo y entusiasmo patriótico:

¡Oh Noble Inglaterra, prostérnate!  
¡Bendice al Señor con toda tu alma!  
¡A El que te ha salvado!  
¡Nuestro país, tan dulce, tan bello,  
Aplastar y conquistar, querían!  
¡Desflorar a nuestras vírgenes!  
¡Despojar de su vida y su corona  
A nuestra noble Reina!  
¡Que Dios Todopoderoso sea bendecido  
Por dar a los ingleses valor para rechazarlos!

En 1596 su balada sobre *La penuria del trigo* fué recogida y nuevamente debió huir. La crisis económica por que atravesaba Inglaterra por esos años produjo un malestar enorme entre las clases trabajadoras. Isabel y el Parlamento debieron hacerle frente con la dictación de las primeras leyes de asistencia social, tales como la abolición de los monopolios, la libertad de trabajo y de comercio, principios que tardarán dos siglos para abrirse camino en el Continente. En 1597 Deloney debió haberse reconciliado con la censura, pues en ese año aparece inscrita la primera de sus novelas, *Jack de Newbury*. En lo sucesivo pasaría a ser el novelista de las Corporaciones.

¿A qué se debía este cambio? ¿Era, acaso, un premio por su labor literaria a favor de los desamparados? Para contestar a estas interrogaciones, debemos primero recordar lo que eran las corporaciones de la Edad Media. Estas organizaciones no eran ni sindicatos de obreros ni de patronos puesto que no existían ni «patrones» ni «obrerros» en el sentido actual de esas palabras, sino «maestros» y «aprendices» o «compañeros». Los «maestros» eran maestros de su arte y no de su personal. Todos trabajaban con sus manos, codo a codo, en los talleres familiares. Empleadores y empleados, salidos de un mismo medio, dueños de idéntica cultura, vivían y sentían de una manera análoga. Un sentimiento de igualdad moral presidía esta unión. Setecientos años antes de la Revolución Francesa, los albañiles de Hull inscribían a la cabeza de sus Estatutos: «Todos los hombres son iguales por naturaleza.»

Las corporaciones patrocinaron la obra literaria de Deloney, así como poetas y autores dramáticos de las clases elevadas encontraban protección en la corte y en la nobleza británicas; a esta protección correspondió el escritor dedicando sus tres novelas a describir y pintar la vida y costumbres de los trabajadores de su época.

\* \* \*

Hasta aquí lo que sabemos de Deloney a través de la escasísima documentación existente. Analicemos ahora su labor literaria como novelista. Tres son las novelas de Deloney que han llegado hasta nosotros: *El noble oficio*, *Thomas de Reading*, y *Jack de Newbury*..

Era costumbre en la época de Isabel que los escritores dedicaran sus obras a señores poderosos, a hermosas damas y a los «galantes lectores», es decir, a la juventud dorada. Deloney dedica su primera novela «a todos los célebres trabajadores del paño inglés» deseándoles «larga vida, prosperidad y afectión fraternal».

Entre todos los oficios manuales—agrega—ninguno es más famoso por su mérito, ni más provechoso para la República que el oficio del tejedor. A vosotros, dignos tejedores, dedico la presente y tosca obra destinada a hacer salir del polvo del olvido a un hombre digno y famoso, llamado John Winchcombe, apodado Jack de Newbury, cuya vida y amores narro brevemente, en una forma humilde y sencilla, con el objeto de ser mejor comprendido por aquellos en cuyo provecho me he dado el trabajo de compilar su historia, a saber, los bien intencionados tejedores, y a fin de que puedan ver el gran crédito y el alto rango que habían alcanzado en otro tiempo los miembros de esta Corporación.

John Winchcombe era, en efecto, un personaje real, fabricante de paños en el Condado de Berk, entre Londres y Bristol, muerto en 1520. ¿Cuál es la historia que nos cuenta Deloney? Trataremos de resumirla, siguiendo en lo posible su relato.

En tiempos del rey Enrique VIII, y en el comienzo de su reino, vivía en Newbury John Wichcombe, obrero tejedor de lanas. Era un muchacho de carácter alegre, de honesto lenguaje, muy querido de pobres y ricos y tan buen compañero que viejos y jóvenes lo llamaban Jack de Newbury. Era tan conocido y apreciado en la comarca que apenas tenía un centavo en el bolsillo cuando ya había encontrado ocasión para gastarlo.

Muere su patrón y la viuda de éste, enamorada de Jack, desea atraparlo como marido. A pesar de las riquezas de su pretendiente, Jack se resiste y únicamente debido a las argu-

cias de ésta logra comprometerse y contraer nupcias. Pero poco dura la felicidad conyugal, pues esta vez es Jack quien queda viudo y con cuantiosos bienes. Jack decide tomar estado con alguna joven de su gusto y elige a una de las tejedoras de su taller. La llegada del padre de ésta da lugar a escenas muy divertidas, pues el buen hombre queda maravillado ante las riquezas de su yerno. El inventario que de ellas hace Deloney es una obra maestra. Así, por ejemplo, al hacer la descripción de una de las secciones del taller dice:

Doscientas hilanderas trabajan en los telares, vestidas con faldas de color rojo y con blusas blancas como la nieve de las altas montañas. Cantan todo el día, deliciosamente, como si fueran ruiseñores.

El matrimonio se efectúa; las fiestas son magníficas y duran diez días. Jack es poderoso. Proporciona a la Reina Catalina doscientos hombres equipados y armados a su costa, los que contribuyen a la victoria de Floden Field sobre los escoceses. Recibe suntuosamente a Enrique VIII a su paso por Newbury y, bajo el disfraz de una parodia alegórica, en que los personajes son hormigas y mariposas, el atrevido escritor se lanza en la eterna sátira de los que producen contra los que impiden o malgastan la producción bajo el pretexto de gobernar.

El punto máximo del interés corporativo y social de la obra se toca en el capítulo VI. La guerra exterior destruye el comercio; los fabricantes del paño inglés no pueden comerciar con el continente y como consecuencia se sigue una intensa crisis de «chômage». Jack preside el movimiento de protesta de patrones y obreros contra la guerra y sus ruinas, el bloqueo y sus consecuencias. Ciento doce fabricantes de paño, de todos los rincones de Inglaterra, se dirigen a Londres. La diputación es recibida por el rey y obtiene el levantamiento del bloqueo. Muchos otros episodios de la vida de Jack nos cuenta Deloney, y a través de ellos nos da a conocer la vida y costumbres corporativas de la Inglaterra del siglo XV. Es un libro fundado enteramente en la tradición local y en la experiencia profesional.

La edición más antigua que queda es un ejemplar del año 1626, o sea, 28 años después de su primera publicación.

La segunda de las obras de Deloney, titulada el *Noble Oficio*, está dedicada a la corporación de los zapateros. No hay aquí un personaje central sino una serie de novelas cortas destinadas a recordar los orígenes y los hechos más relevantes de dicho gremio. En una de ellas, tomada seguramente de la Leyenda Dorada, se nos cuenta cómo un grupo de «compañeros» fabricó de los huesos del esqueleto de Hugues, mártir quemado

en los primeros siglos del Cristianismo, todas las herramientas de los zapateros. En otra, el personaje principal es Crispín, hijo del Duque de Kent, el que, perseguido por el Emperador Maximiano, debe huir y encuentra refugio en casa de un zapatero donde aprende este oficio. Pasan algunos años y Crispín se aventura a dirigirse a la ciudad. Allí conoce a Ursula, hija del Emperador, quien se enamora de él. Crispín le da a conocer su origen. Los hijos de dos familias enemigas, como en la tragedia shakespereana, tienen su idilio. Crispín se enrola como soldado en el ejército y se cubre de gloria por su valor. A su regreso es perdonado por Maximiano y se casa con Ursula. De aquí el subtítulo que lleva la obra: *Todo hijo de zapatero nace príncipe y señor.*—G U I L L E R M O G A N D A R I L L A S M.

## LA LITERATURA FRANCESA DE MAÑANA

**E**L nuevo año intelectual, que comienza en el mes de Octubre y no el primero de Enero, no ha sido nunca tan misteriosamente escondido, en sus fines, como en este otoño de 1930. Nunca como ahora ha tenido el público interés en saber, como dicen las señoras, «lo que se va a llevar este año» en literatura, porque en Europa estamos a la espera de acontecimientos políticos graves. No estamos seguros de no volver a una guerra. Y esta vez sería el fin de la civilización blanca, de tal manera se sabe que los recursos de la química y de la electricidad dominarán el campo de batalla. Esta proximidad acrecentada cada día de la guerra universal (todos los pueblos están obligados, por las más contrarias razones, a mezclarse en ella poco a poco), es preciso darla a conocer en los países sanos y jóvenes de América, a fin de que se hagan algunos esfuerzos en pro de la paz, para que si queda una sola esperanza, a ella lleguemos. Ahora bien, en Europa los remedios políticos parecen definitivamente vanos, y no nos queda sino una posibilidad: el espíritu. ¿Qué mentalidad nos van a revelar los escritores del próximo invierno? Si se tiene en cuenta la importancia capital que el pensamiento escrito adquiere de día en día en una Europa que devora bibliotecas, la influencia de los escritores puede contrabalancear la peste del belicismo.

Creo que la literatura llamada deportiva, al introducir la mentalidad del campeonato, bajo las apariencias del juego ha contribuído a dar una nueva forma a la mentalidad agresiva del nacionalismo belicoso.